incapaz de transigir con su conciencia cuando se atravesaba una cuestion de honor.

Un dia, un jóven muy rico, socio principal de una importante casa de banca de Paris, cogiéndole del brazo le condujo al salon de fumar.

A Godefroy no le gustaba aquel tipo, cuya pesada naturaleza heria sus nérvios delicados; pero era demasiado fino para dejar conocer su antipatía.

—¡Gran Dios!—dijo riendo Godefroy,—¡qué fisonomía tan misterioasa!.... ¿es que vamos á conspirar?

—Querido príncipe—le preguntó el jóven—¿os agradaria de hoy á mañana tener una fortuna de ciento cincuenta mil libras de renta?

—Me agradaria tanto mas cuanto que no las tengo, y eso me fastidia bastante.... ¿Es que me las ofreceis?

—Os las ofrezco.

—¿Sériamente?

—Mi palabra de honor.

—Entonces os escucho con interés. ¿Para ser dueño de esa fortuna es necesario hacer alguna cosa?

—Ciertamente.

—¿Y qué es ello?

—Casaros.

—Sois como M. De-Foy, que me quiere casar. Y bien, ¿por qué no? Soy viudo y el matrimonio no me asusta.... Hablad, pues.....

—Una señora (os advierto que es jóven y linda) poseedora de un capital de tres millones, habiéndosela metido en la cabeza ser princesa, se ha dirigido á mí.... He prometido hablar por ella.... y ya he hablado.... He cumplido mi mision. ¿Qué me respondeis?

—Eso depende.....

—¿De qué?

—Del nombre de la persona que se le ha puesto en la cabeza, como decís, el llegar á ser princesa, y que me ha hecho el honor de pensar en mí para realizar su sueño.

—¿No lo adivinais?

—Yo no.... ¿Es que conozco la dama en cuestion?

—Ya lo creo.

—Decidme entonces su nombre.

—Laurencia Tissier.....

El príncipe se puso pálido, pero disimuló, y con aparente tranquilidad dijo:

—¿Hablais en sério?.... Laurencia, en efecto, es encantadora.... Pero yo os creía querido amigo, en buenas relaciones con esa jóven.

—Y teneis razon para sospecharlo.... Pero como se trata de un matrimonio riquísimo, ya comprendereis que trato de liquidar mis deudas de corazon.

—Liquidais—dijo el príncipe con mucha tranquilidad—y quereis al liquidar hacer una princesa auténtica de la que ha sido vuestra amante despues de pertenecer á todo Paris.... es digno de Richelieu.... Idea ingeniosa.... os admiro.... solamente no debíais, querido, escogerme por comparsa de vuestra farsa á lo Luis XV para que os dijera que sois un canalla.....

El jóven se quedó estupefacto.

—¿De modo que me insultais?—balbuceó el jóven.

—¡Ya lo creo que os insulto!—dijo Godefroy.

—Os pago la deuda.....

—¡Como, mi querido príncipe! ¿Pero ceeis qué?.....

—Basta de tonterías—dijo Castel-Vivant—no admito ninguna excusa, y dejadme, porque me veria precisado á cruzaros la cara. Dentro de dos horas tendreis mis padrinos en vuestra casa.

—Allí encontrarán á los mios—dijo el negociante de matrimonios, poniendo á mal tiempo buena cara.

El duelo se verificó en la madrugada del dia siguiente en el bosque de Vincennes.

El príncipe tenia sesenta y dos años.

Su adversario no tenia mas que treinta.

Recibió una estocada que le tuvo en el lecho seis semanas.

Nos ha parecido oportuno dar á conocer el carácter caballeresco del príncipe, ya que en otras cosas se le podia atacar duramente.

Godefroy de Castel-Vivant era un hombre inmoral, pero no un canalla.

Nuestros lectores le conocen ya como si le hubieran tratado toda la vida.... y mejor le conocerán todavia en cuanto les demos á conocer un detalle original y típico.

El viejo príncipe no queria de ningun modo traficar con su título de una manera deshonrosa; pero como aquel título representaba un gran capital, buscaba el medio mas honrado de sacar partido de él.

Un dia exclamó:

—¡Ya lo encontré!

Y desde el dia siguiente se vió aparecer cada tres meses en la cuarta plana de *El Figaro* un anuncio concebido en los siguientes términos:

"*Un caballero de edad, sin hijos, poseedor de un nombre histórico y de un título de primer órden, que veria con gran sentimiento desaparecer á su muerte, los transmitiria con mucho gusto á un jóven que poseyera una gran fortuna.*—La contestacion á la lista de Correos—X. Y. Z. 2. 113."

Inútil es decir que recibió muchas cartas.

El príncipe las leía anquiria informes minuciosos de los candidatos, y no encontrando nada aceptable abandonaba el negocio.

A los tres meses repetia el anuncio, que preocupaba durante ochó dias la atencion pública, sin que nadie pudiera sospechar quien fuera el autor misterioso.

VII

Parece casi supérfluo advertir que el príncipe vestía con una elegancia irreprochable. Tal vez aquella elegancia no correspondiera á sus años, pero de ningun modo le hacia aparecer ridículo.

Aquel dia el príncipe de Castel-Vivant llevaba un pantalon de cutí blanco, una levita negra, chaleco blanco, estrecha corbata azul y cuello bajo.

Guantes de color grís perla con tres botones, dibujaban sus finos y largos dedos.

Una roseta multicolor de las mas pequeñas adornaba el ojal de su levita, y por último, llevaba pendiente de un finísimo cordon de seda sus lentes.

Lazarine, al dejar el salon, entró rápidamente en el cuarto de su padre.

Este se hallaba tendido en un divan y fumaba en una gran pipa.

En aquella actitud y con la misma ocupacion, pasaba gran parte del dia.

Levantó la cabeza al oir á su hija.

—¿Qué significa el ruido de un carruaje que acabo de oir?—preguntó con tono áspero.

—Una visita para tí, papá—respondió Lazarine.

El ex-banquero no ocultó su disgusto.

—Pero bien; supongo que esa visita se habrá marchado.

—Nada de eso; te está esperando en el salon.

—Pues voy á echar á la calle al idiota del criado, que, á pesar de mi terminante órden de que no reciba á nadie, le ha introducido—exclamó furioso Julio Leroux.

—José es inocente, mi querido papá.... El ha cumplido con tu órden; soy yo la que ha intervenido y he hecho entrar al príncipe... porque se trata de un príncipe.

—¿Y á mí qué me importa el príncipe? Ve tú á hacerle la visita, porque yo no quiero bajar.

—Eso es imposible.

—¿Como?

—Que es imposible, repito. El príncipe sabe que estás en tu cuarto y que yo he venido á anunciarte la visita. El no querer verle seria una falta imperdonable.